



"El grupo" ("The group", 1966), de Sidney Lumet.

## CINE

### Un maratón imposible

El reflejo de una época a través de varios personajes cuya existencia se ofrece alternativamente, es un procedimiento utilizado con frecuencia por la narrativa norteamericana, tanto literaria como cinematográfica. Buena parte de los "best-sellers" de ambos campos que en el mundo han sido emplean este método, capaz de reunir el máximo de peripecias humanas en unas páginas o unas imágenes que hacen cambiar continuamente de espacio, tiempo y acción al lector o espectador. La cantidad y variedad de "cosas que pasan" determinan el mayor atractivo de este tipo de "best-sellers" cara a un público no demasiado exigente que busca en ellos la distracción y también "un poquito de realidad".

Ejemplo acreditado de esta literatura es "El grupo", de Mary McCarthy, que —siguiendo fielmente la novela a través de un estimable guión de Sidney Buchman— llevase al cine Sidney Lumet, en 1966, y que diez años después vemos en España. Me-

dante las peripecias de ocho mujeres que se gradúan conjuntamente en el "college" de Vassar (núcleo académico donde se concentran las hijas de la más "selecta" alta burguesía norteamericana) al final del curso de 1933, se pretende mostrar las características de una generación que sale a la luz pública en los años inmediatamente posteriores al "crack" del 29 y que —creyéndose formar parte de una "minoría elegida" que devolverá a América su perdida grandeza— viene a insertarse en el proceso del "New Deal" rooseveltiano. Ello sin renunciar a todo un conjunto de incidencias dramáticas o melodramáticas (casi siempre referidas a los problemas matrimoniales o de noviazgo de sus personajes), sin las cuales un "best-seller" nunca llegaría a serlo.

Este maratón, este "tour de force" de resumir la vida de ocho mujeres durante seis años —la acción termina cuando llega la noticia de que las tropas de Hitler están empezando a invadir Bélgica y Francia— que lleva a cabo "El grupo", es su decisiva limitación, ya que todo sucede con una velocidad tal, de una manera tan precipitada, que las dos horas y media de proyección no bastan para darnos una acción tan enormemente amplia. Velocidad y precipitación no tanto "físicas" (la mecánica del guión y de la realización es correcta en este sentido) como "mentales", porque es un poco de reflexión y análisis sobre lo que se está narrando, un mínimo de serenidad respecto a la anécdota, lo que verdaderamente se echa en falta en "The

group". Con ellas, ese pesimismo que Lumet quiso introducir en sus imágenes —y que se revela como la única constante apreciable de una filmografía tan mediocre como la suya— habría surgido con mucha mayor fuerza de estas ocho historias dominadas por la frustración, el desencanto y el fracaso de casi todos sus protagonistas. Contando además con actrices tan espléndidas como —sobre el resto de sus compañeras— Joan Hackett, Joanna Pettet y Shirley Knight—podría así haberse logrado un reflejo auténtico de la América rooseveltiana. ■ FERNANDO LARA.

### "Aristócratas del crimen"

La televisión creó el género del telefilm, aunque éste estuviera ya esbozado previamente por el cine. Una determinada mecánica narrativa en la que "la acción", condimentada de acuerdo a la perceptibilidad del telespectador, sea la única protagonista, un enredo dramático simple donde el héroe, en una situación esquemática, consiga siempre esclarecer el asunto y, sobre todo, la ejemplaridad de una moral que prescinde de los intereses personales para subordinarlos a la "más alta y limpia" del deber, pueden ser algunas de

las constantes de este género que el cine vuelve a retomar de la televisión añadiéndole los elementos que aún la pequeña pantalla no acepta: cierto erotismo, una mayor complejidad narrativa y la posibilidad de que los héroes de la historia sean seres más confusos o menos ejemplares.

Sam Peckinpah ha realizado uno de estos telefilms en su película "Aristócratas del crimen" ("The killer elite", 1975), recientemente estrenada en España. Si en la versión televisiva un agente de la CIA (o un agente paralelo, como es el caso) tendría que ser un supermán íntegro moral y físicamente, aquí se acepta que sea un hombre dudoso que no sólo sufre físicamente penalidades poco heroicas, sino que incluso llega a pensar la posibilidad de romper su compromiso con la misión encomendada, dado el sucio manejo de sus propios jefes que traicionan los altos intereses de la organización. Conclusión: el alto mundo de la política está corrompido y los agentes secretos son hombres ingenuos que llevan a cabo las misteriosas gestiones que ni ellos mismos pueden entender.

Las "intenciones" de denuncia de la película de Peckinpah quedan reducidas, sin embargo, a la necesidad de cubrir la apariencia. No en vano es el propio director la estrella más comercial de su película y Peckinpah se ha revelado en títulos anterior-



"Aristócratas del crimen" ("The killer elite", 1975), de Sam Peckinpah.